Cosas de Lilis

VICTOR M. DE CASTRO

BNPHU

Biblioteca
Nacional
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA

EXLIBRIS

Aida Cartagena Portalatin
COLECCION

VICTOR M. DE CASTRO

COSAS DE LILIS

33349

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Del Ostracismo

—

INEDITAS:

Interdiarias

Cartas Francas

Mi Esfuerzo en Caracas

ERRATA: -En el primer párrafo de la pájina 18 donde dice: «22 de diciembre», léase «27 de diciembre.»

General Ulises Heureaux
(Lilis.)

PREAMBULO

Considero una necesidad ineludible este Preámbulo, en interés de hacer las siguientes indispensables aclaraciones:

Que no me ha movido espíritu de animosidad ninguno contra la personalidad del Gral. Ulises Heureaux, al escribir esas Notas Biográficas y esas *Cosas*. Que he procurado sustraerme a toda influencia adversa o propicia; y que no es propósito de este libro, ni implícita ni explícitamente, formar concepto sobre la vida huracanada de ése hombre extraordinario.

Niño aun y ya me sentía su enemigo, contándoseme en el Colejio del Padre Billini—cuya memoria no puedo evocar sin un extremecimiento de gratitud y amor—contándoseme, digo, en el número

de los que allí se llamaban anti-lilisistas.

Desperté a la vida pública el dia 26 de julio del año 1899, el mismo día que midió con su cuerpo de titán vencido e suelo empurpurado de Moca, y formé fila en la lejión de los que dieron al traste con su réjimen.

Acaso entonces, o después, escribí algo desfavorable a la actuación política del Gral. Heureaux. Ahora nó; ahora, que baje al fondo de cada una de esas anécdotas o relatos el lector y extraiga él mismo la esencia.

Este no es libro de detractación ni de exultamiento.

Este es libro de reconstrucción.

Sencillamente.

Victor M. de Castro.

Santo Domingo, diciembre de 1919.

PROLOGO

Hay una isla deliciosa como una fruta, fresca como el rocío, noble como una princesa, bella como una flor; hay una isla creada el séptimo día, despues de terminado el mundo, sólo para embellecerlo y adornarlo, si ya no es una piedra preciosa caida de la corona de Dios esta casi divina perla que orgullosamente en su agitado pecho el mar ostenta; hay una isla abrigada como un nido, alta como una estrella, espléndida como un tesoro de los adorables cuentos árabes; hay una isla encantadora, llena de luz y de armonías, beldad de la naturaleza, novia del cielo, cuyo dulce nombre no lo diré: callado queda, guardado lo llevo, oculto está, escrito en letras de oro, aquí en mi corazón.

En la más linda, suave y amena parte de esta isla cuya historia es tan maravillosa como ella, hubo una vez un tirano, más tirano que los Treinta, a quien espada, valor y audacia franquearon el poder rápidamente. Negro por los sentimientos y el color, blanco por los modales y la mente, un héroe en la batalla, sufrido en la adversidad, activo sin ejemplo, afable y discreto en sumo grado, ambicioso sin límites, generoso sin tasa, pulquérrimo de su persona, sensual hasta el exceso, conocedor profundo del corazón humano, supersticioso pero ateo, ageno a todo escrúpulo, de sobriedad y frugalidad espartanas, un Sila para el disimulo y la venganza, tal era Ulises Heureaux, cuerpo de hierro, carácter de acero, alma de bronce, conciencia plutónica, espíritu plutoniano, verbo parabólico, voluntad soberana, dominadora de hombres, pueblos y acontecimientos, de esas que empujan el carro del mundo y se imprimen indeleblemente en el libro de la historia.

Y este hombre extraordinario a todos engañó, a todos venció, a todos gobernó con ilimitada autoridad. Partidos destruyó, pacificó aterrando, sofocó el pensamiento, que es la niñez de la acción, aherrojó la acción, que es la victoria de la mente, y por todas partes impuso su fuero, su criterio, su capricho, sus instintos, sus pasiones, estableciendo finalmente un centralismo monstruoso en que el senado, los tribunales, la plaza pública, la escuela, el hogar mismo, todo cayó bajo el argivo y briareo control presidencial; aunque presidente no fué,

que el nombre no suele ser sino la máscara de la realidad, sátrapa sí, un Ciro, Cambises o Artagerges, acaso el más completo y curioso de América y sin duda uno de los más notables por su capacidad política, por su autoridad personal, por su don de gentes, por su heróica naturaleza, por su fortaleza casi sobrehumana, por el sello mismo de grandeza que puso a sus crímenes.

Veinte años, poco menos, mantuvo bajo su planta el país entero, estremecido éste y vibrante, como Hércules bajo Anteo, hasta que un día, asesinado por un grupo de conjurados que talvez creyeron salvar así la patria, cayó del solio y de la vida como árbol centenario a los golpes de cortante hacha derribado, causando profunda conmoción a la tierra, estrépito horrible en el aire, espanto en los corazones.

De la rica mina de la vida de este hombre singular que fué patriota ante los Españoles e infiel a la patria ante los Haitianos, ha extraido Victor M. de Castro el oro de sus breves e interesantes narraciones. ¡Inagotable cantera! Las *Cosas de Lilís* podrían formar volúmenes. Voy a relataros una, aunque sin la donosura con que lo haría de Castro: se refiere a mi inolvidable maestro D. Eugenio María de Hostos, el más formidable adversario que tuvo nunca Heureaux.

Envíale éste a llamar y le recibe sin quitarse el gorro, visto lo cual, el Sr. Hostos que se había descubierto la cabeza al entrar, se puso tranquilamente el sombrero.

—Señor Hostos, le dijo Lilís, yo le reci-

bo como recibía Napoleón a Talleyrand.

—General Heureaux, le respondió el Sr. Hostos descubriéndose de nuevo, ni usted es Napoleón ni yo soy Talleyrand.

El general se quitó el gorro.

De las páginas de este libro emerge toda íntegra la figura brillante y sombría a la par del terrible dictador. De Castro ha sabido evocarla con naturalidad y gracia, sin esfuerzos ni erroneas exageraciones. En toda la obra no hay una palabra que no sea verdad: mézclanse en élla, en justa proporción, lo cómico y lo serio, que en Ulises Heureaux la comedia de la vida está circundada por un inevitable velo trágico.

Américo Lugo

NOTAS BIOGRAFICAS DEL GRAL.

ULISES HEUREAUX.

(LILIS)

Hilarión Level nació en la ciudad de San Felipe de Puerto Plata, el día 21 de octubre del año 1845.

Dassá Heureaux, su padre, al reconocerlo, le dió este otro nombre: ULISES HEUREAUX, nombre que él ilustró con sus proezas y que llena un cuarto de siglo de nuestra Historia.

Lilís es un apodo, de esos que se adhieren tan fuertemente a la persona, que casi desdibujan el nombre primitivo u oficial.

Frisaba en los 18 años *Lilís*, cuando se alistó en las filas del Ejército Restaurador, a las órdenes del Gral. Gre-

BNPHU

gorio Luperón, de cuya campaña sacó el grado de Alférez.

A fines del año 1865, a la caida del Presidente Buenaventura Báez, vino a la Capital, acompañando al Gral Luperón, como Teniente de su *Estado Mayor*.

Nombrado por el Presidente Cabral Gobernador de Puerto Plata el triunviro Luperón, hizo *Lilís* de Secretario particular de éste y ascendió a Capitán.

En 1867 fué promovido a Comandante y designado Jefe del Batallón *San Felipe*, a la cabeza del cual salía a combatir las fuerzas *baecistas* que al mando del Gral. Dionisio Troncoso insurreccionaban aquella rejión.

En el asalto y toma de Moca a sangre y fuego—dirijido personalmente por Luperón—conquistó el grado de Coronel.

Cayó Cabral y *Lilís* se fué con Luperón al destierro.

Del destierro volaron ambos a los campos del Sur, año 1869, a combatir, al lado del Gral. Cabral, la cuarta Presidencia de Báez, campaña que duró *seis años*.

De las comarcas del Sur se volvieron Luperón y *Lilís* a Saintbomas, y fué entonces cuando obtuvieron el vapor *Telé-*

grafo, que armado en corso, y comandado por ellos, sembró el pánico en todo el litoral de la República. Declarado pirata y perseguido con tenacidad el vapor *Telégrafo*, tuvo que refujiarse en una de las islas de Barlovento.

Fracasados ésos esfuerzos, se resignó *Lilís* a ser empleado de una casa de comercio en Sainthomas y así se sostuvo un año.

Su temperamento nervioso o su afán de gloria lo atenaceaban y se restituyó a la revolución del Sur, hasta la caida de Báez, año 1873.

En esta campaña recibió *Lilís* una herida que puso en grave riesgo su vida y obtuvo el grado de General de Brigada.

Advino al Poder el Gral. Ignacio Ma. González y *Lilís* se volvió a Puerto Plata, en donde pasó una temporada sin cargo alguno.

Sobreviene la acusación de El Carmelo, que derriba a González, y surje a la Presidencia de la República el esclarecido Don Ulises Fco. Espaillat, año 1876, quien nombra a *Lilís* Comandante de Armas de la plaza de Puerto Plata.

Cae Espaillat y *Lilís* hace rumbo de nuevo a Sainthomas, viniendo a fijar

luego su residencia a Juana Méndez—Haití—y en este poblado establece una pequeña casa de comercio. Fué aquí, en disgusto personal, donde recibió el balazo que le curvó e inutilizó el brazo derecho.

A Espaillat sucedió González—el período de los 40 días—y a González, Báez, por quinta y última vez. El Gral. Damián Báez, hermano del Presidente Báez, en su calidad de Delegado del Gobierno en el Cibao, se entrevista con *Lilís* en Juana Méndez y obtiene la promesa de que no se inmiscuirá en ninguna revolución; promesa que cumplió *Lilís* con toda fidelidad.

González sustituye otra vez a Báez. Jura González la Constitución y a los 56 días es derrocado por el Gral. Cesáreo Guillermo, año 1878, a cuyo derrocamiento concurre *Lilís*, en unión del Gral. *Memé* Cáceres, con las fuerzas del Cibao.

El Presidente Guillermo nombra a *Lilís* Delegado del Gobierno en el Cibao, año 1879. Surjen conflictos entre el Gobierno central y el Gobierno rejional de aquellas comarcas. Va al Cibao una Comisión del Gobierno a residenciar la Aduana de Pto. Plata. Se agrava el

conflicto, y el Gral. Luperón encabeza un pronunciamiento en aquella ciudad contra el Gobierno del General Guillermo. Luperón confía a *Lilís* las tropas que habrían de operar sobre la Capital y le nombra Ministro de Guerra y Delegado Especial.

Después de la pelea de *Porquero*, *Lilís* entra triunfante en la Capital. Es elejido Presidente Constitucional de la República el Presbítero Fernando Arturo de Meriño, y éste nombra a *Lilís* Ministro de lo Interior y Policía.

Con tal carácter sale a combatir al Gral. Cesáreo, quien, burlando el destierro, en compañía de los valientes Isidro Ortea, Vidal Méndez y otros, se había adueñado de casi todo el Este.

El primer choque tiene lugar en *La Lechuza*, jurisdicción de Hato Mayor, y el segundo en el *Cabao*, a donde se había replegado y atrincherado el Gral. Cesáreo. Libróse en este sitio un combate reñidísimo, cuerpo a cuerpo, en el que rodó por tierra, herido en el pescuezo y aparentemente muerto el Gral. *Lilís*. Incorporóse y, comprimiéndose la herida, siguió mandando el fuego.. La sangre de Isidro Ortea, los Botello, padre e hijos, Luis Pecunia, cuñado de

Lilís, Vidal Méndez y Quintín Díaz, vertida en el patíbulo de Higüey, selló esta cruenta jornada... ....

Cumplió su bienio constitucional Meriño, de 1880 a 1882, y el sufrajio electoral, inspirado por Luperón y el propio Meriño, favorece la candidatura del Gral. ULISES HEUREAUX (Lilís), quien rije los destinos de la República en el bienio 82-84. ¡Administración brillante y libérrima!

Resulta electo para el período subsiguiente el Gral. Francisco Gregorio Billini; entrégale el Poder *Lilís*, y sale en viaje de reposo a Puerto Rico, Sainthomas y Curazao, regresando al país después de haber concertado futuros planes con algunos expatriados.

Renuncia Billini y le sustituye el Gral. Alejandro Wos y Gil, su Vice-Presidente, hasta el año 1886, en que vuelve a triunfar *Lilís* en los comicios; pero no puede jurar porque tiene que salir a combatir al Gral. Casimiro N. de Moya, que había levantado el pendón de la protesta armada en el Cibao y Línea Noroeste.

Breve revolución ésta; pero formidable y sangrienta. Sofócala *Lilís*, y el 27 de febrero de 1887 es investido

con la Primera Majistratura del Estado.

En este interregno desarrolló todo su vigor la guerra de independencia de Cuba, y *Lilís*, como para conciliar sus sentimientos con su posición oficial, decía: *Cuba es mi novia; pero España es mi esposa.*

Antes de terminar este período se trasladó *Lilís* a Puerto Plata a ofrecer la Presidencia de la República al Gral. Luperón, con la condición de que aceptara como Vice-Presidente a Don Manuel Ma. Gautier. Luperón no acepta, y queda fracasada la célebre entrevista de la Lojia.

A poco aparecen en el palenque eleccionario estas dos candidaturas: Luperón-Imbert y Heureaux-Gautier.

Triunfa la última, la de *Lilís*, y Luperón, agotado, enfermo, toma la ruta inclemente del destierro, volviendo a la patria, que tanto amó, en estado preagónico.

Un paréntesis: Gregorio Luperón es una de las figuras más preclaras de la Historia dominicana.....

El Congreso Nacional de entonces hizo de cuatro años el período presidencial y el 27 de febrero del año 1889

jura la Constitución el Vice-Presidente Gautier, por hallarse *Lilís* en el Cibao sometiendo al Gral. *Tilo* Patiño que se había pronunciado en la Fortaleza de Santiago.

En octubre de 1892 comienza a ajitarse el proceso eleccionario. Se inicia la candidatura popular de Don Eugenio Generoso de Marchena. Presenta *Lilís* la suya oficial, triunfa como era lójico y Don Generoso de Marchena es reducido a prisión, al pisar el buque que con pasaporte diplomático habia de conducirlo al extranjero. (22 de diciembre del mismo año 1892).

En la madrugada del 22 de diciembre del subsiguiente año, despues de un largo y doloroso martirolojio, fué fusilado don Eugenio Generoso de Marchena en *Las Clavellinas*, Azua, en compañía del joven Lcdo. Carlos Báez.

El 27 de febrero de 1893 entrega *Lilís* con una mano el Poder y lo recibe con la otra, hasta 1897.

En 1897 se reelije sin oposición, hasta las 3 de la tarde del 26 de julio de 1899, que rinde en Moca, con el pecho acribillado a balazos, la jornada de la vida.

Murió como vivió: valientemente.

El Gral. *Perico* Pepín, Gobernador de Santiago, ganó a tiros el cadáver y entre tiros lo llevó a Santiago, en cuya Iglesia Mayor está enterrado.....

No recibió *Lilís* una instrucción esmerada; hablaba, sinembargo, bastante bien el inglés y el francés, y en el destierro y en el rudo batallar y en el roce constante con personas ilustradas, adquirió una apreciable cultura.

Poseía las siguientes condecoraciones: la Gran Cruz de Isabel la Católica; la Cruz de San Gregorio Magno, y el Busto del Libertador (Bolívar) en primera clase.

El Congreso Nacional del año 1893 le confirió el título de Pacificador de la Patria.

Y en el año 1894 un grupo de ciudadanos le obsequió con una Espada de Honor.

Intelijente, predominante, acucioso, astuto, sagaz, oportuno, discreto, esmerado, cruel y espléndido. Valiente en toda la extensión de la palabra y de un tacto exquisito y nada común. Eso era en síntesis *Lilís*.

Así se explica que triunfara tantas veces de los acontecimientos y de los hombres.....

ANECDOTAS Y RELATOS

I

Para Agustín Aristy

No se había extinguido el fuego ni disipado los odios que causara la desastrosa guerra del 86, entre *lilisistas* y *moyistas*, cuando el Gral. *Lilís*, Presidente nueva vez de la República, rendía una imprudente visita a La Vega, ciudad baluarte del *moyismo*.

Instalado ya el Gral. *Lilís* en las habitaciones que de antemano se le habían preparado, con las precauciones de rigor, y mientras dialogaba con el Gral. Pascual Losoi, Gobernador y Delegado de la Provincia, siéntese uno como tropel de caballos que sube del pueblo abajo al centro de la población.

Asómanse ambos Grales. a la puerta de la casa, y al percatarse el primero, por el relucir de las espuelas de plata y el blanquear de los limpios pellones, que se trataba de una gran cabalgata —¿qué es éso?—pregunta a su compadre.

—Es el matrimonio de la hija del Gral. Lozano, le contesta.

Era el Gral. Lozano hombre de extraordinario valor y prestijio en la comarca, quien se debatió heróicamente en aquel sangriento duelo que dió en tierra con la flor de los valientes. *Moyista* recalcitrante y enemigo irreconciliable del *lilisismo*.

Al oir el nombre del bravo Gral. Lozano, quedóse pensativo unos segundos el Gral. *Lilís*, hasta que, llamando aparte al Gral. Losoi, en voz baja le dijo:

—Necesito, compadre, que me consiga un hombre que sirva para todo. Oigalo bien: que sirva para todo.

—*¡Que sirva para todo!*, murmuró el Gral. Losoi, despidiéndose de su Jefe y saliendo en busca del hombre que sirviera *para todo, para todo*, desde el robo hasta el crimen..

Horas despues volvió el Gral. Losoi trayendo al sujeto deseado.

—Aquí tiene Ud. la *alhaja* que me pidió: ese sirve *para todo, para todo.*

—*Anjá*, muchas gracias, compadre.

Encerróse *Lilís* en un departamento de la casa con el recién traído y otro de sus más leales amigos.

—¿Conoce Ud., le dijo, el caballo rucio de la madrina del matrimonio que entró hoy?

—Sí, lo conozco, le respondió.

—Pues yo necesito que Ud. me lo saque del potrero en que se halla y me lo trasponga a donde ni los mosquitos den con él.

I alargando la mano derecha puso en la de su interlocutor un par de morocotas.

(La madrina del matrimonio era la propia madre de la novia, esposa del Gral. Lozano).

A la media noche regresó nuestro sujeto, y acercándose a *Lilís* le dijo:

—General, ni Dios da con él.

Celebróse el matrimonio con gran pompa provinciana, no faltando la *velación* ni ningún pormenor litúrjico.

A la mañana siguiente se disponía la

vuelta de los novios y el acompañamiento a sus posesiones del *Palmar*, cuando se presenta el conflicto de que el caballo de la madrina no aparecía.

¡Todas las bestias han sido encontradas en su sitio, menos la de la madrina!, era la exclamación general.

Se despacharon peones y prácticos en distintas direcciones, se enviaron partes a los pueblos circunvecinos y nada, el caballo no aparecía.

La jente se arremolinaba y formaba corrillos comentando la infausta ocurrencia, hasta que acertó a pasar por el lugar del tumulto el Gral. *Lilís*, quien, acercándose a uno de los grupos, preguntó.

—¿Qué sucede por aquí?

—Nada, General, que se han robado el caballo de la madrina y no aparece por parte alguna.

—¡Cómo, el caballo de la madrina! Ahora mismo va a quedar remediado eso.

Y mandando traer su arrogante y brillante caballo negro, lo ofreció cortésmente a la madrina.

—Muchas gracias, General, muchas gracias; pero perdone que no lo acepte;

no es menester que Ud. se moleste.

—Sí, mi Señora, Ud. si lo acepta.

Y requiriendo el galápago y demás aperos se puso él mismo a enjaezar el gallardo bruto.

—Venga, mi Señora, ya está lista la bestia.

Ayudóla a montar; acomodóle el pie en el estribo, y dándole la mano:

-Que le vaya muy bién, mi Señora, le dijo.

—Gracias, muchas gracias, General.

Y partió cabriolando aquél bello animal, ufanísimo de su carga y ufanísimo de su dueño.

El Gral. Lozano aguardaba en la puerta del fundo, impaciente ya, el regreso de la comitiva, cuando alcanza a ver a su mujer, la primera, que viene en un caballo *que se bebía los vientos* y que no era el suyo.

—Y ése caballo, le pregunta enseguida.

—No me digas nada; tu tienes que hacerte amigo del Gral. *Lilís*. Este es su caballo predilecto. El mío me lo robaron. ¡Qué hombre más atento y más amable y más fino! Tu tienes que hacerte amigo de él.

A los dos días almorzaba el Gral. *Lilís*, previa invitación, en casa del intransijente Gral. Lozano y era objeto de cordialísimas deferencias y encendidas protestas de amistad.

II

Para Sócrates Nolasco.

Las Damas.

Las Damas es un pintoresco vallecito salpicado de bohíos, en donde vació Naturaleza su abundosa cornucopia.

Bello, de una belleza edénica, el caserío de Las Damas se aletarga bajo el ala bienhechora de la montaña y se despereza con los efluvios del lago Enriquillo, en uno como infranjible anhelo de vivir perennemente la vida virjinal de la campiña.

Acaso la civilización, pensará, aje y marchite el encanto bucólico de mis chozas y le robe azul a mi cielo y brillo a mi sol y dignidad a mis hombres y pudor a mis mujeres, acaso.....

De recorrida oficial llegó hasta ahí, hasta Las Damas, el Gral. *Lilís*, más por reconstruir sobre el terreno el recuerdo de las proezas que realizó bajo las órdenes del Gral. Cabral, que por la importancia política de esos lugares.

Desde días atrás veníase preparando Las Damas para recibir, *a toda orquesta*, no al empedernido guerrillero de los *seis años*, sino al Primer Majistrado de la Nación, cuando ocurrió la súbita gravedad de un hijo de *Señó* Doroteo Carite, el sujeto de mas compadres y más fuste en quince leguas a la redonda.

¡Se ahogaron las fiestas!, era la unánime afirmación, y la caballería que salía al encuentro del Gral. *Lilís*, llevaba el encargo de participarle el doloroso suceso que motivaba el silencio del pueblo.

No dió señales de preocupación por la noticia el Gral. *Lilís*; pero cerca ya del poblado, pidió se le llevara directamente a la casa del enfermito y allí fué a desmontarse.

Entró, saludó afablemente y pasó al aposento, donde, rodeado de muchachas preciosas —como son todas las de aque privilejiado rincón del Bahoruco—se

hallaba en estado preagónico el anjelito.

—Esto no es nada, *mamita*, dijo en seguida a la abuela de la criatura. Tráigame un poco de aceite de amacey, otro poco de aceite de higuereta, *mesturao* con miel de purga y un puñito de mostaza inglesa.

Apenas minutos tardó en volver la afijida anciana con el menjurje solicitado.

Arrollóse las mangas *Lilís*, descubrió el febril cuerpecito del niño y con sus propias manos le dió un fuerte masaje. Pidió acto continuo una escobilla de zapatos, y sobre el masaje le propinó una gran frotación.

No podía salir con vida de tan tremenda prueba el pobrecito y se quedó muerto entre las manos del Presidente.

Un silencio comprimido y profundo siguió a la agonía del niño, y *Lilís*, al volver la cara a los circunstántes y notar cierta estupefacción en dos amigos que se encontraban cerca, encaróseles y les dijo:

—Y qué! Si la criatura no hubiera muerto, Uds. habrían visto remedio eficaz.

III

Era *Lilís* hombre acicalado y pulcro. Vestía con elegancia y se cambiaba de ropa diariamente. Impecable y esmerado en las buenas maneras, no se avenía con los modales incorrectos o bruscos.

Gerardo Pareño era un moreno de escasa o ninguna cultura; honrado, bueno y útil, eso sí. Gozaba de la confianza personal de *Lilís*, y *Lilís* lo empleaba en sus cosas honestas y sanas.

Estaba cierta vez Parreño sentado en la antesala de la casa particular de *Lilís*, esperándole. Al llegar éste y notar que Parreño tenia recostada de la

pared la silla que ocupaba, llamóle y díjole:

—Hagame el favor de.... de ir donde.... donde.... el Baron Leyba (así apellidaba *Lilís* a don José Martín Leyba) y dígamele que... que a como vende él.... estas sillas. (Señalándole, no la misma en que se hallaba sentado, sino otra de igual clase).

Salió disparado Parreño a cumplir el encargo y como al regresar no encontró a *Lilís*, se reservó la contestación.

Al siguiente día volvió a verse Parreño con *Lilís* y fué entonces cuando, trasmitiéndole la respuesta del encargo del día anterior, le dijo:

—General, a veinticuatro pesos la docena.

—¿La docena de qué?

—De las sillas.

—Ah, bueno, pues eso me cuesta la que tenía Ud. recostada ayer de la pared.

IV

Para Mario Fermin Cabral

Dirijíase *Lilís* de La Vega a Santiago, acompañado de su *Estado Mayor* y uno que otro amigo.

Montado ya, tiene noticias de que Santiago *no estaba bien;* que se advertía el fermento de una gran conspiración.

Dicta *Lilís* sus providencias, toma sus precauciones y acelera la marcha.

Llega a Santiago y se persuade, por el cariz que ofrecía la población—semejante a esos cuartos de hora que preceden a los ciclones—se persuade, digo, de que algo anormal y grave ocurría.

Recibe información precisa de lo que sucedía o podría suceder, y ordena,

como para adelantarse a los acontecimientos, la prisión de los Generales *Tilo* Patiño y *Polín* Espaillat, presuntos Jefes del movimiento.

Medio domina con tan atrevida medida la situación y reune al instante, en Consejo de Guerra, una treintena de Generales. Este Consejo, presidido por él mismo, resuelve el fusilamiento de los Generales *Tilo* y *Polín*. Solamente se negaron a suscribir tal sentencia de muerte, los Generales José López y Manuel Ma. Castillo. También no la firmó el Gral. *Guelito* Pichardo, por ser enemigo personal de uno de los sentenciados.

Dispone *Lilís* que fueran puestos en Capilla los condenados y se entera Santiago.

El comercio cierra sus puertas; las familias se recluyen a sus hogares; los campesinos huyen despavoridos; se estanca el tráfico, cesa el ruído, y las calles quedan desoladas y tristes. Una ciudad que se muriera de repente: eso era Santiago.

La Masonería, la noble y grande institución, solícita y pronta a toda actuación magnánima, delega cerca de *Lilís*

una comisión suplicatoria presidida por Don Augusto Espaillat.

Recibe *Lilís* cortésmente la Comisión y en oyéndola le contesta:

—Yo lamento no poder diferir esta vez a los deseos de la respetable Lojia de Santiago. Yo soy masón, Uds. lo saben; pero las balas no conocen a los masones, y como yo no soy de los que mandan, sino que yo soy de los que van al pleito, ¿quién quita que la bala de uno de esos masones me malogre un día? Lamento mucho no poder complacerlos.

Otra Comisión del Comercio se persona a *Lilís*, en solicitud de clemencia, y no obtiene nada.

El Honorable Ayuntamiento en masa cumple el mismo piadoso cometido y tampoco obtiene nada.

Un ramillete de Señoritas, de las familias más distinguidas de aquella sociedad, se presenta a *Lilís*, y con visibles demostraciones de dolor le implora por la vida de los reos. *Lilís*, con la fineza que sabía usar en sus oportunidades, contesta amablemente a ése grupo encantador—radiante de belleza y de piedad—y no accede, sin desaire, a lo pedido.

Otras comisiones y otras agrupaciones comparecen ante *Lilís*, y *Lilís* inconmovible no accede.

Una roca, se diría, desafiando los espumazos de la mar en furia.

Perdidas estaban todas las esperanzas y la catástrofe se aproximaba. Y en el ambiente flotando esta interrogación fatídica: ¿qué sucederá si la ejecución se lleva a cabo?.....

Allá viene un grupo de Señoras y a la cabeza una anciana que camina con dificultad, Doña Eloísa Alix, la viuda del egregio Don Ulises Fco. Espaillat—aquél ante quien se descubrieron respetuosamente sus enemigos cuando del Palacio Nacional se dirijía, en pos de asilo, al Consulado Francés—el Catón dominicano, por quien sentía *Lilís* una profunda y sincera veneración. Llega el grupo de Señoras, y ya se arrodillaba penosamente aquella venerabilísima matrona, cuando lo advierte *Lilís*.

Se avalanza sobre ella; evita que ponga en tierra las rodillas, la abraza y sin dejarla proferir palabra le dice:

—Ud. lo consigue todo conmigo, Doña Eloísa. Están perdonados!.....

V

Para Elpidio Morales

Hombres del temple moral del Gral. Eujenio Miches, de su austeridad, de su probidad, de su bizarría, de su lealtad, son ejemplares de selección en el desolado campo de la vida.

Improbó a Santana el paso de la anexión de la República a España. Por un exajerado concepto de la disciplina, sinembargo, continuó en el Ejército con su grado de Coronel; pero cuando las huestes españolas abandonaron para siempre el suelo dominicano, el Gral. Miches se negó a seguirlas—como las siguieron otros—arguyendo que la disciplina no le obligaba a darle la espalda

a su patria y a renegar de su nacionalidad.

Fué Gobernador del Seibo y a él debe ésa Provincia la prosperidad agrícola que disfruta.

A la época de la ocurrencia que voy a referir, vivía el Gral. Miches en aquel pueblo, valetudinario y pobre, pero respetado y querido: como un patriarca de leyenda.....

Soplaban vientos de descomposición. Acababa de llegar al país el empréstito de los *cuatro millones de dólares*, del año de 1887, y *Lilís* recorría el interior de la República haciendo *bautizos*.

A este General *dos mil pesos*, por los servicios prestados en la revolución del 86; a esotro, *tres mil*, por los daños y perjuicios que sufrió cuando los *bimbines*, y al de más allá, *cinco mil*, para que no se revoltee.

Así iba, sobornando conciencias, apuntalando voluntades y ahogando en oro el jérmen de la revuelta que ya resurjía.

De tal guisa llegó *Lilís* hasta el Seibo, y lo primero que hizo fué mandar su Secretario a presentar sus respetos al Gral. Miches, que a más de sus pade-

cimientos fisiolójicos, sufria ahora la pesadumbre de la muerte de su esposa, Maria Valentina Mercedes, *La Doña*, como la llamaba él mismo.

En la noche fué *Lilís*, personalmente, a visitarlo y presentarle sus condolencias y tratar de aliviar su situación.

Pugnaba el Presidente por encontrar la forma como debía salirle al Gral. Miches, en su empeño de socorrer la ancianidad y miserias de tan benemérito servidor de la República, hasta que, valiéndose de mil resquilorios, le dijo:

—General Miches, si Ud. tiene cuentas viejas pendientes con el Gobierno, esta es la oportunidad de presentarlas. Mi Gobierno goza al presente de una holgada posición económica a causa del empréstito, y yo me esforzaría en que se le pagara brevemente y sin dificultad.

—No, General, le contestó Miches, yo no tengo ya cuentas pendientes con nadie más que con *La Doña*, que en gloria esté, y si Ud. es mi amigo y quiere favorecerme en algo, recomiéndemela a Dios en sus oraciones.....

VI

Para José Leopoldo Hungría

Priva en el Código militar dominicano, como en todos sus similares, un espíritu de implacable severidad: la que importa y urje a la obediencia pasiva y a la disciplina extricta.

El desertor, especialmente, atraía sobre sí todo el rigor de esa Ley y caía, inmisericordiosamente, bajo el peso de su última pena: la pena de muerte.

Para el desertor no habia atenuantes ni eximentes: desertor cojido, hombre muerto.

Tenía empeño *Lilis*, en formar un ejército bien organizado, bien disciplinado y bien equipado, con miras más trascendentales que las de hacer de ése continjente de fuerza el apoyo y sostén

de su poderío. Obtúvolo en parte, porque si bien es verdad que aquellos batallones y aquellos soldados no respondían a la organización, a la instrucción y a la moralidad que informa y demanda la carrera militar, es innegable que aquel ejército fué lo mejorcito que tuvo el país.

De la marina de guerra puede decirse otro tanto. Contaba la República con tres buenos cruceros; de estructura y construcción modernísima uno de ellos, el *Restauración*.

Se crearon dos Academias, remuneradas y servidas con esmero, una Militar y otra de Náutica. Y repletos y flamantes estaban los arsenales.

A pesar de ése esplendor y auje de las armas, el soldado no era lo que debía ser: un exponente de moralidad y de cultura, sino una *cosa*, encerrada en unos cuarteles insalubres a quien se trataba como a esclavo.

Al primer resquicio intentaba la fuga, y si la desesperación lo expoleaba, se lanzaba por grandes precipicios con riesgo de ahogarse en el río o de estrellarse en las rocas.

Y luego, si las rondas y patrullas que

con toda actividad se despachaban en su persecución daban con él, ánima del purgatorio irremisiblemente.

Una malhadada oportunidad fueron cojidos nueve desertores. Llevósele a *Lilis* la información de la captura, con el nombre escrito de cada uno de los desgraciados, a tiempo que escribía, en perfumado papel, una misiva de amor.

—Aquí tiene, General, la lista de los desertores, comunicóle el mensajero.

—*Anjá*, dijo—y suspendiendo la pluma y fijando la mirada en la lista—dispuso: estos dos—abarcándolos con una llave—me los fusilan en Bayona, y escribió, Bayona: estos otros dos, en Sabana Grande; estos otros dos, en La Venta, y estos tres últimos me los van a fusilar a Yaguate, para sembrar el ejemplo en todas partes.

Y se volvió, impasible, a su amoroso y favorito entretenimiento.

No había agregado dos palabras más al azulado y oloroso papel, cuando levantó otra vez la cabeza para preguntar:

—Tenga la bondad de decirme, Don Telo, satisfacción se escribe con s o con c?

VII

Afanábase por conseguir el puesto de Interventor de Aduana de la Capital cierto político de talla, amigo íntimo de *Lilís*.

Era ése cargo una de las canonjías más apetecibles de la Administración: "bien *valía* París una misa"

Y era nuestro político, hombre dadivoso, ostentoso y hacedor de regalos de grandes dimensiones.

Acababa de hacer uno de campanitas, muy comentado y muy llevado y traído, a tal extremo, que llegó a oídos de *Lilís*.

Se decidió a dirijirse al Presidente el personaje que nos ocupa, en soli-

citud del cargo en cuestión, y *Lilis*, que no se mordía la lengua, le contestó:

—No, mi amigo, yo no le nombro Interventor de la Aduana, porque Ud. hace gritar la gallina al desplumarla.

VIII

Para el Dr. Rafael Requena Caracas

El Gral. Isidro Pereira, Jefe Comunal de San Carlos, casi a perpetuidad, era hombre valiente, honrado y temerariamente leal.

Testarudo, sinembargo, se montaba en cólera cuando se le contrariaba, y accesible y llevadero, en cambio, si se le buscaba la vuelta.

El tuteaba a *Lilís* y *Lilís* ¡cosa rara! lo tuteaba a él.

Una oportunidad se presentó el Gral. Pereira a *Lilís* en Palacio y le dijo:

—Vengo a decirte que voy a meter en la cárcel a Pablito Castillo.

Mozo simpático Pablito Castillo, se había distinguido siempre por su intre-

pidez en los combates, amigo insospechable de la situación y de todo el aprecio de *Lilís*.

—¿Y para eso te has molestado en venir hasta aquí?, contestó *Lilís* al Gral. Pereira.

—Como es amigo de la situación y....

—Sí, pero para cosas como ésas no tienes porqué molestarte.

Despidióse y salió a toda prisa el Gral. Pereira, a poner en ejecución su propósito.

Así que hubo salido el Jefe Comunal, llamó *Lilís* al Oficial de Guardia y le ordenó:

—Mire, vaya por ahí y sígame al Gral. Pereira a discreta distancia; si él entra en alguna casa, Ud. se pára, y cuando salga Ud. vuelve a seguirlo, sin que él se dé la más mínima cuenta. En viéndose fuera de la Puerta del Conde, Ud. aprieta el paso y lo alcanza y con voz fatigada y cansona le dice, que digo yo, que me haga el favor de venir acá.

Cumplió al pie de la letra las instrucciones el Oficial y momentos después hallábase otra vez frente al Presidente el Gral. Pereira.

—Dispensa que te haya mandado buscar, pero yo quiero decirte.....

—Que no meta a Pablito en la cárcel, le interrumpió el Gral. Pereira.

—No, hombre, qué ha de ser para éso! Te he mandado llamar para contarte, que cuando volví en mí del *tuzaso* que me dieron en el *Cabao*, al primero que ví a mi lado fué a Pablito....

—Entonces, no lo meto?, volvió a interrumpir el Gral. Pereira.

—No, hombre, espérate. Después—continuó *Lilís*—en la pelea de *Guaco*, él me advirtió que uno de los contrarios me estaba tirando a punto *mellío*, y entre él y yo le apagamos los fuegos al majadero.

—Bueno, pues no lo meteré; pero aconséjamelo, aconséjamelo.....

IX

Para Bernardo Pichardo

Con su deslumbrante uniforme de General de División asistía *Lilís*, acompañado de sus Ministros, su *Estado Mayor*, de toda gala, Cuerpo Diplomático y Consular y tren de empleados públicos, al *Te Deum* que en acción de gracias se celebraba en la Iglesia Metropolitana los 27 de febrero, la fecha clásica de nuestra independencia política.

Terminada la ceremonia, volvía la comitiva de la Catedral al Palacio Nacional, incorporada ahora la eximia figura de Fernando A. de Meriño, Pontífice de la Iglesia dominicana.

—¡Batallón, firme!, gritaba el Comandante Lovelace con voz robusta y penetrante, al ver de regreso, en la puerta del Templo, a los dos Jefes del Estado: del Estado jurídico y del Estado espiritual.

Lilís y Meriño, Meriño y *Lilís*: dos águilas caudales incubadas en el disco del Sol.

—¡Presenten, armas!, volvía a rujir la voz imperativa del Comandante, cuyas últimas sílabas se confundían con las primeras notas del himno nacional que llenaba de viriles armonías el ambiente.

Desfilaba el Ejército, con su bandera de oro y seda desplegada a los vientos, y la atmósfera quedaba saturada de un patriotismo vibrante y puro.

En llegando el séquito al Palacio de Gobierno, se servía el champagne y se pronunciaban brindis en honra y prez de los ilustres próceres de nuestra leyenda de emancipación.

Acostumbraba *Lilís*, así que concluía esta solemnidad, ir directamente, tal cual se hallaba, a hacer una visita de congratulación y pleitesía a Doña Balbina de Peña, la viuda de Francisco

del Rosario Sánchez, el glorioso mártir de Hondo Valle, el más insigne de nuestros libertadores.

Cierto año faltó a ésa costumbre el Gral. *Lilís*, y del Palacio de Gobierno se fué rectamente a su residencia particular.

Uno de sus Ministros le observó que dejaba incumplida la visita a Doña Balbina.

—Sí Señor, Ud. tiene razón—respondióle *Lilís*—y Ud. mismo, acompañado de cuatro oficiales, va a cumplir por mí. Le presenta mis saludos y respetos a Doña Balbina, y me le dice, que no voy personalmente, porque en su casa hay alguien este año que no me ve con buenos ojos.

Efectivamente, en la casa de aquella honorabilísima matrona se había refugiado, huyendo a las persecuciones de *Lilís*, uno de sus encarnizados enemigos.

X

Bien por indisciplinado, o bien por excesos que cometiera *Lilís* en la campaña de los *seis años*, es lo cierto que llegó a causar el enojo del Gral. Cabral, Jefe de aquella campaña, y estuvo a punto de ser fusilado.

Transcurrieron años, y al cabo de veinte de ellos, o más, cuando ya *Lilís* había señoreado todas las alturas, y había sido y seguía y seguiría siendo Presidente de la República, vino el Gral. Cabral a la Capital, muy entrado en años, achacoso y cojo además.

¡El Gral. Cabral, el héroe de la Canela!

Llega al Palacio Nacional, y como no le era fácil subir las escaleras, fué preciso que el propio *Lilís* y Don Paíno Pichardo, tomándole cada uno de un brazo, le ayudaran en la penosa ascensión.

Mientras subían así, trabajosamente, díjole *Lilís* a Don Paíno:

—Bendito sea Dios, Don Paíno, tanto como quiero yo a este viejo y él trató de fusilarme dos veces en el Sur

—Por amigo de cojer lo ajeno, le contestó bruscamente Cabral.

—Es verdad, papá; pero yo estoy ya *curao* de ese *lisio*.

XI

Para Max. Marión.

Preocupaciones de raza las hubieron aquí, a pesar de pesares, como en todas partes del mundo; más o menos exajeradas, según la porción de pigmento de cada criatura.

Hombre de color sin atenuantes *Lilís*, tuvo que saborear, en los comienzos de su vida pública, algunas decepciones; pero él, superior a su color y superior a ésas preocupaciones, siguió imperturbable su camino, hasta adquirir la más alta jerarquía y el más elevado predominio que hombre alguno adquirió en un Estado Constitucional.

Comenzaba *Lilís* su carrera, o media-

neaba en ella, pues ya era un prestijio militar y se hallaba en la Ciudad Primada representando un Gobierno Provisional del Cibao, con el doble carácter de Ministro de Guerra y Delegado Especial.

Subía por una de las calles principales de la ciudad, cuando lo alcanzó a ver desde su balcón una Señorona muy empingorotada ella y del cohollito de la Sociedad.

—¡Fulana—dijo la Señorona a la vecina de enfrente—asómate al balcón y mira qué nublado mas grande!

Oyó la frase *Lilis*, y tomándola como una indirecta se tiró de la acera, quitóse el sombrero, y dirijiéndose a la Señorona, la dijo:

—No tenga cuidado, mi Doña, ése nublado no cae ahora; ése nublado va de paso; no tenga cuidado, mi Doña.....

XII

Para Lorenzo Despradel (Muley)

Empírico y deficientísimo era el servicio militar en la República.

No existía, por mejor decir, tal carrera militar. Aquello más bien parecía un hacinamiento de hombres en cuarteles, a quienes se le ponía, viniérales como les viniera, un traje azul, se les encasquetaba una cosa que llamaban cachucha, y se les enseñaba unos movimientos que parecían marciales.

El reclutamiento se hacía entre los hijos de *Machepa*, en forma violenta y con fatales resultados a veces. Puede decirse que no se reclutaba, sino que se cazaban soldados.

Viene aquí de perilla la versión aquella atribuída a un jefezuelo de Baraho-na, que en ocasión de enviar unos hombres para el servicio, escribió al Presidente: "ahí le mando cincuenta voluntarios, devuélvame las sogas".

¡Las sogas que habían servido para asegurar los voluntarios!

Esta versión expresa, de manera rotunda, la repugnancia y grima que inspiraba el tal servicio militar.

Los campesinos huían de él como de una visión diabólica, o se defendían dedicándose a la siembra de cacao, café u otros productos agrícolas de importancia, por lo cual merecían la exoneración de alguna autoridad bienintencionada.

Los más avisados, los de mejores relaciones, obtenían para sí, o para sus hijos, despachos de Tenientes, Capitanes, etc., etc. Así declinaban o aliviaban la ingrata carga del *chopo* y sus consecuencias.

Uno de esos taumaturgos de la selva, que cuentan por colores el número de sus vacas, y que alguna vez dió hospitalidad a *Lilís*, vino a la *ciudad* en *seguimiento* de un despacho para su hijo, porque el Comandante de Armas ya co-

menzaba a molestarle para el servicio.

Visitó a *Lilís* y le recordó el ofrecimiento que le hizo la última vez que paso por su fundo, camino de Jarabacoa.

—Ahora que empieza a hacerme *dersijencias* el Comandante es cuando necesito ese despacho.

—¿Y cómo se llama el muchacho? le preguntó *Lilís*.

—Basilio de Jesús.

—Bueno, entonces expediremos un despacho de Capitán a favor de Basilio de Jesús.

—Y pasando a otra cosa, deme razón de mi *comai* Sinforiana.

—Ella no está muy bien de salud.

—Qué le pasa a mi *comai?*

—Que está al *desbarbojar*, Presidente.

—Ah, pues aprovechemos la ocasión y expidamos otro despacho, dejando en blanco el nombre; si sale barón Uds. lo llenan y si hembra, que se haga la voluntad de Dios.

A esta clase de despachos llamábalos *Lilís*, *Despachos de vientre*.

Querellábale con tal motivo la madre de uno de sus hijos de que le daba despacho de Oficial a todo el mundo, y

que, sinembargo, para su hijo no había expedido ninguno.

—¿Y cómo quieres tú que yo me burle de mi propia sangre?—le contestó *Lillis*.

XIII

Simpatizaba *Lilís*, incuestionablemente, con la causa de Cuba, cuando la heroica tierra de los Agramontes y Maceos forcejeaba por alcanzar su independencia y libre albedrío.

Presidente de la República como era por aquél entonces, se veía cohibido de hacer ni permitir manifestaciones o actuaciones públicas a favor de la emancipación cubana.

Y como para cohonestar las inclinaciones de su temperamento y de su raza, con su posición oficial, como Jefe de un Estado neutral, produjo la frase aquella de: "Cuba es mi novia, pero España es mi esposa".

Acercóse a él, no obstante, un grupo de hombres distinguidos, fervorosos del santo ideal de patria libre, y bajo la mayor reserva solicitó de *Lilís*, "una ayuda eficaz para la noble causa de Cuba, que languidece y está a punto de fracasar por falta de recursos".

—Cuenten con quinientos fusiles, cincuenta mil tiros y dos mil pesos, respondióles *Lilís*.

Satisfechísimos se despidieron los gallardos lejionarios, y ya bajaban las escaleras, cuando escucharon la voz de *Lilís* que los llamaba:

—Háganme el favor de volver acá y óiganme: que el Presidente de la República no sepa nada de la oferta que acaba de hacerles Ulises Heureaux, por que se lo tomará a mal si lo sabe!.....

XIV

Para Arturo Logroño

Dos mozos, de apenas veintitrés años de edad, hijos de la indómita y brava rejión de Montecristy, se alzaron en armas, por ensayo o por placer, contra uno de los primeros gobiernos de *Lilís*.

Valientísimos ambos; el uno pereció, años después, atacando el desfiladero que denominan Paso de Guayubín; y el otro, el otro sobresalió entre los valientes de su época, por su arrojo en los combates y su magnanimidad con el vencido.

Se encontró en Moca la tarde trájica del 26 de julio y disparó sobre los conjurados de ése dia. Asistió después a

mil combates; pero su mayor proeza fué la defensa temerariamente heroica de San Pedro de Macorís, cuando resistió y detuvo, cuerpo a cuerpo, el fuego certero y mortífero de un crucero de guerra. Y luego, la audasísima retirada a sus lares noroestanos, a través de líneas enemigas, en una jornada de más de ciento cincuenta kilómetros.

¡Lástima que tanto heroísmo y tanto derroche de sangre ardiente y joven se invirtiera en luchas de hermanos contra hermanos!.....

Inexpertos o bizoños los mozos de veintitrés años, en el manejo de las armas y poco avesados a las inclemencias y rudezas de la manigua, se enredaron bien pronto en una emboscada preparada por los tenientes del Gobierno.

No permitió *Lilís* que hicieran daño a los imberbes prisioneros y ordenó que fueran tratados con las mayores consideraciones.

Ganóselos al fin, nombrando Administrador de Hacienda de Montecristy al que, corriendo los años, se encontraría en su muerte, y al otro hízole venir a la Capital y lo destinó a su *Estado Mayor*.

Aquí pasó una media docena de meses el bravo mancebo; al cabo de ellos quiso volverse a la Línea, y *Lilís*, accedió a sus deseos designándole un puesto en la Administración Pública de aquella Provincia, y proveyéndolo de los recursos necesarios para el viaje.

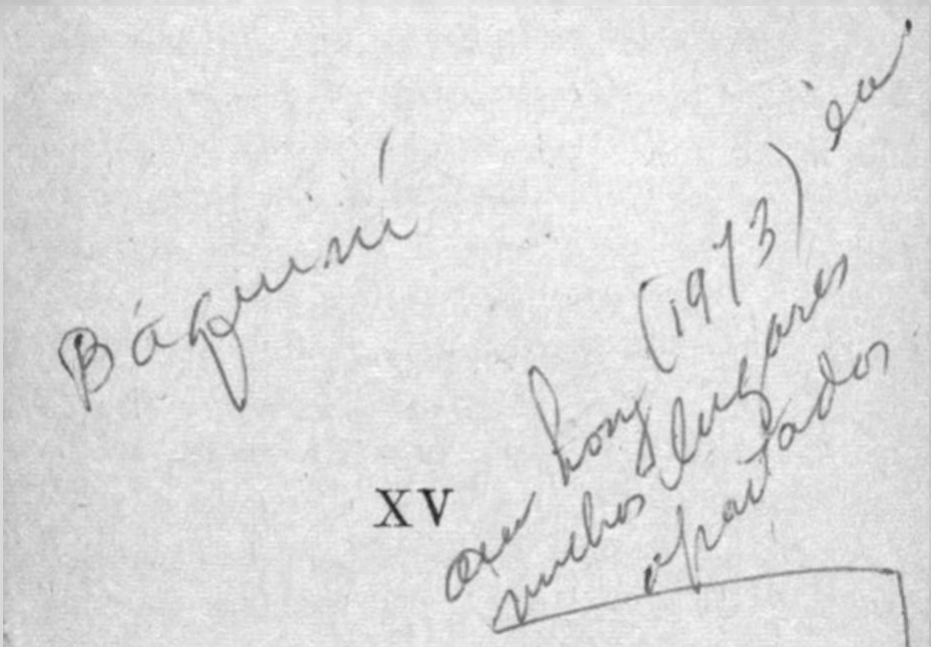
Listo el joven, notó que le faltaba dinero para el pasaje de *Minina*, una mujercita flaca, bizca y desdentada, con quien vivía, y recurrió a *Lilís* de esta manera:

—General, me falta dinero para el pasaje de *Minina*.

—Cómo, y tú vas a cargar con éso para una rejión tan pródiga en mujeres hermosas y bellas?

—Sí, General, pero Ud. sabe que....

—No hombre, nó; a nadie se le ocurre llevar yaguas viejas a palmar.



XV

Para Octavio Beras.

El orijen de semejante tradición *se pierde en la noche de los tiempos*, que diría un orador necio y cursi que yo conozco; lo incuestionable es, que antaño la muerte de un niño recién nacido daba márjen a jolgorios y fiestas.

En los barrios bajos de las poblaciones de alguna importancia, se colocaba en la cúspide de una gradería empapelada, el cuerpecito inanimado del *anjelito*, con tal profusión de cintas, flores y luces, que la alcoba resplandecía como si fuera una capilla en que se estuviera reproduciendo el nacimiento de Jesús.

Desde las primeras horas de la tarde comenzaban a llegar las muchachas del barrio, y allí se daban cita todos los cantadores noctámbulos, los jóvenes de buen humor, los *velorieros*, los bebedores y los trasnochadores sempiternos.

La acumulación de bebidas y víveres se hacía desde temprano, y las gallinas del *sancocho* ya serían sustraídas de algún patio vecino.

En sonando las nueve de la noche en las campanas de Santa Bárbara o San Carlos, rompían las canciones y guarachas, con acompañamiento de guitarra y *güiro*—a dúo primero y a coro después—alternando con juegos de mano, adivinanzas de doble sentido y cuentos picarescos, y entre adivinanza y adivinanza un pellizco furtivo, hasta que amanecía.

A las ocho de la mañana llegaba la música de viento; descendía de su trono a son de marcha el infantito y entre danzas y valses cargaban con él al cementerio.

En los pueblos de menos cultura se hacía lo mismo y se le añadía un baile.

Y en los campos, cuando alguna madre se oponía a ese jénero de velación,

se robaban el *anjelito*, lo trasladaban a otro vecindario y allí lo bailaban tres días consecutivos, retardando la descomposición con un procedimiento que consistía en taponarle con algodones la nariz, envolverlo en jenjibre machacado y exprimirle unos cuantos limones en la boca.....

Al *compai* Tiburcio Labrasa, hombre de color recargado, se le había muerto un hijo de meses de nacido, y como careciera de recursos para hacerle un buen velorio al *anjelito*, se dirijió a *Lilís* de esta manera:

—General, se me ha muerto un hijo y como Ud. sabe lo que *semos* los padres, deseo que me ayude con algo para hacerle un buen velorio al *anjelito*.

—Y de qué color es el *anjelito*?, le preguntó *Lilís*.

—Figúrese, General, hijo mío y de su *comai* Petrona, de qué color ha de ser?; así, de mi color y del suyo.

—Pues tenga—dándole una moneda de veinte pesos—y sepa que ése no es un *anjelito*, ése es un *muertico*.

XVI

Para Carmito Ramírez.

Una mascareta, exacta y fiel, del Tocubanama de nuestra prehistoria: tal el Gral. Pablo *Mamá*.

Insumiso como aquél, astuto como aquél, huraño como aquél y bravo como aquél.....

La preponderancia *político-militar* que alcanzó en las rejiones que baña y fertiliza el Yaque del Sur al nacer, llegó a inspirar serios temores a la ganadería campante de aquellas sabanas, amplias y próvidas, y a la paz del país.

No inquietaba a *Lilís* lo primero; lo segundo—intentar o atentar contra su Presidencia, *su asunto*—sí le obligó a fijar la atención en el Gral. Pablo *Mamá*.

Y resolvió su *eliminación.*

La *eliminación* de una criatura peligrosa consistía, según él, en sembrarla en la tierra con la frente hacia abajo, para que no se le ocurriera volver a maquinar.

Al efecto, envió sus instrucciones al Gral. Eulalio Malojo, hombre conocedor de las trastiendas del Gral. *Mamá* y ducho en el arte de la *eliminación.*

Ya se disponía el Gral. Malojo a dar cumplimiento a las órdenes recibidas, cuando recordó que al Gral. Pablo Mamá *no le entraban las balas.*

Por no exponerse a que le marraran sus armas, lo cual hubiera sido un fracaso de funestas consecuencias para todos, especialmente para el ganado se decidió el Gral. Malojo a venir a la Capital a comunicar a *Lilís* el inconveniente que se presentaba: que el Gral *Mamá* estaba *compuesto.*

No se alteró *Lilís* al oir la *supercherí* del Malojo, y como dando acatamiento a sus razones, contestóle:

—Hombre, sí; a mí también se me había olvidado que el Gral. *Mamá* estaba *compuesto;* pero yo acabo de recibir de Haití, de un *papá bocó* amigo mío

seis *cartuchitos* muy bien arreglados.

Entró a su aposento, rayó en cruz el plomo de seis cápsulas y volviendo a presencia del Gral. Malojo, díjole:

—Tenga—entregándole la mortífera carga—al Gral. *Mamá* no le entra cualquier bala, es cierto; pero ésas sí le entran. Yo le recomiendo Gral. Malojo gastar el menor número de ellas y devolverme las que le sobren.

—Ahora sí, Presidente, agregó el Malojo.

Un puñado de monedas de oro cerró aquél diálogo, y el Gral. Malojo se marchó realmente persuadido.

A los pocos días, un árbol atravesado en el camino detiene la veloz carrera de la mula que montaba el Gral. Pablo *Mamá* y dos disparos, hechos a quema ropa, lo tendían largo a largo en mitad de la senda.

¡Eliminado!

XVII

Para Tulio M. Cestero

¡El juego de San Andrés! Otra de nuestras extintas tradiciones, cuyo orijen no hace al caso.

Con quince o veinte días de antelación al 30 de noviembre, fecha que el añalejo destina a la conmemoración de San Andrés. el mártir del aspa, comenzaban los muchachos a marcarse las espaldas al grito de ¡tuna!, con la sustancia colorante de ésa fruta.

Los especuladores en cascarones de huevos de gallina, desde tres o cuatro meses atrás venían haciendo su acopio de material.

La víspera o antevíspera de la bata-

lla se entregaban a la manufacturación de los *garbuzos*, operación que consistía en llenar de agua carminada o azulada los cascarones, tapándoles la abertura con un trapito, que impregnado de cera derretida, se adhería perfectamente a las cóncavas paredes del cascarón. También se llenaban de aguas perfumadas para los enamorados, y no faltaban truhanes que los rebosaran de sustancias pestilentes con ánimo de vengar alguna infidencia amorosa.

Amanecía el neblinoso 30 de noviembre. Los jóvenes elegantes, los petrimetres se tiraban a la calle de punto en blanco, muy planchaditos, como acabados de sacar de la cajeta. Subía un poco el Sol, y a la primera criatura femenina que [illegible] a la ventana o al balcón, ¡zas! un cascaronazo y luego otro y sobre la cabeza el otro y el otro hasta [illegible] en blanco, o apagarle el [illegible]. Así se iniciaba la [illegible]

A medida que el Sol subía, subía el [illegible] calor [illegible]. Las familias que también se habían pertrechado de cascarones y tinas y tanques de agua, respondían a [illegible]

las primeras agresiones con ligeros disparos, y cuando venía a ser la una de la tarde, ni Dios entendía el *murmurum* de la ciudad.

Los jóvenes penetraban en bandadas en los hogares y entonces se libraba, frente a frente, el recio combate. Cubos de agua van y cubos de agua vienen; a este joven lo zabullían en un tanque de agua; al de acullá lo embadurnaban de harina —otro elemento del incivil juego de San Andrés— y al de más allá lo ponían en lastimoso estado. Las muchachas sufrían parecidos o iguales percances, quedando en ocasiones tan empapadas, que sus formas se transparentaban perfectamente.

Sin decaer un segundo el entusiasmo transcurría todo el día. No se comía, no se atendían los quehaceres domésticos, ni se trabajaba apenas. Las sombras de la noche eran las que ponían cese a la algarabía. Las familias cerraban sus puertas y se entregaban al descanso.

Que ni aun así lograban; porque un jeringazo, lanzado con certera puntería por el ojo de la cerradura, reventaba el tubo de la lámpara, surjía la oscu-

ridad y volvía la confusión y el ajetreo.

Hasta la media noche andaba la jeringa buscando intersticios por donde inquietar a los que dormían.

Todos los años ocasionaba el tal juego no pocas desgracias personales: palos, puñaladas, pedradas y tiros, con su secuela de muertos y heridos; a tal grado, que fué forzoso que el Gobierno tomara cartas en el asunto y dictara un decreto prohibiendo en absoluto el nombrado juego de San Andrés.

El decreto estaba en todo su vigor y se cumplía literalmente; pero llegó, como indispensablemente debía llegar, el subsiguiente 30 de noviembre, y hasta aquí duró el respeto.

Se dirijía *Lilís* a pie de su residencia particular al Palacio de Gobierno, acompañado—como de costumbre—de un sólo oficial, a eso de las nueve de la mañana, cuando lo divisaron desde su balcón unas simpatiquísimas muchachas; esperáronle, y no bien lo tuvieron a tiro, le echaron un balde de agua que lo bañó de arriba abajo.

—Muchas gracias, señoritas, díjoles, levantando en alto su finísimo sombrero de panamá.

Y siguió su camino sin decir palabra.
egado que hubo a la Casa de Gobier-
provocó inmediatamente un Con-
jo de Ministros.
Planteó la cuestión e hizo notar la
eficacia del decreto gubernativo y el
co respeto que había merecido al
eblo.
—Que se reprima al pueblo, opinó uno
los Ministros.
—Que se castigue severamente, agre-
otro.
—Sí, que se reprima, vociferó un ter-
ero.
—Vamos al paso, observó *Lilís:* al
ueblo se reprime o se tolera; se tolera,
olerándosele y se reprime ametrallán-
osele. Si Uds. disponen la represión,
oy yo quien, personalmente, lo va a
etrallar. Repito ahora mi actitud y
is palabras de cuando se discutía el
errible decreto de San Fernando; hice
ntonces la misma advertencia que
hora; se dictó, empero, el decreto, y
odavía hay jente que lleva luto. Vean
bien lo que resuelven.
Ante tan graves conceptos el Consejo
de Ministros se decidió por la tole-
rancia.

Mandó *Lilís* comprometieran, por s
cuenta y la de sus Ministros, una gr
cantidad de perfumería; lanzóse a
calle, acompañado de aquéllos, se co
fundió en el pueblo, y fué ése el Sa
Andrés más rumboso y más espléndi
que ojos vieran.

Y acaso el último!

XVIII

Don Jovino X., leguleyo de aldea y erudito de parroquia, se esforzaba por ser Notario *de los del número* de una población del Noroeste.

Meticuloso y sensual en grado máximo. Y ni la piojosa del cuento le ganaba a temerario e insistente.

Pidió examen al Tribunal de Primera Instancia, que hacía entonces las veces de Jurado examinador del notariado, y fué señalado el día de la prueba.

Llegado éste, se presentó Don Jovino al Tribunal con un montón de libros debajo del brazo.

—¿Viene bien preparado Don Jovino?

díjole, saludándolo, el Presidente d
Tribunal.

—Superabundantemente, honorab
Majistrado del Tribunal colejiado d
este Distrito judicial, contestóle D
Jovino.

Entró ceremoniosamente en la Sala
colocó a su derecha el cerro de libros
sacó el impecablemente doblado pañue-
lo; lo sacudió en el aire; se sonó ruido-
samente la nariz; *esgarró* con estrépito
y sentóse con prosopopeya episcopal.

Hizo el Presidente un movimiento de
cabeza y principió el examen.

—Señor examinando, tenga la bondad
de decirnos, cuántas clases de testa-
mentos hay?

—Con mucho gusto. Este texto—sa-
cando uno de los del montón—trata ma-
jistralmente el punto.

Y limpiándose los carrillos, leyó el
capítulo correspondiente.

—Muy bien; sírvase decirnos ahora,
qué entiende Ud. por testamento oló-
grafo?—preguntóle uno de los Con-
jueces.

—En este otro texto está explicado,
de manera explícita, tan interesante
asunto.

Y dió lectura a la pájina que se refiere al testamento ológrafo.

—Perfectamente, y qué diferencia hay entre un documento público y un documento privado?

—La diferencia que hay entre uno y otro documento está bastante bien definida en este autor.

Y atusándose el bigote y componiéndose los quevedos con aire de triunfador, volvió a leer en otro de los libros.

—Muy bien, muy bien!, exclamó el Jurado.

Y Don Jovino fué proclamado, con asombro de todo el mundo, Notario Público.

La jente no volvió del asombro por mucho tiempo, ni acertaba a comprender cómo había podido suceder semejante barbaridad.

A la muerte de *Lilís* se puso en claro la ocurrencia.

Por la copia de una carta que se halló en el archivo de éste, dirijida a los precitados Jueces. Carta cuya copia debo a la amabilidad de un apreciado amigo mío, que buceó con gran sijilo y espíritu de selección en aquella hinchada Caja de Pandora, redactada, acaso

por *Lilís* mismo, en los términos siguientes:

"Ruégoles nombrar a Don Jovino X. Notario Público de esa ciudad. Yo sé que él no sirve para tal cosa y que no entiende ni *jota* de la materia; pero nómbrenmelo, por Dios!; porque, una de dos: o Uds. lo nombran Notario o yo lo nombro Cura párroco."

XIX

Para Manuel Segundo Sánchez. Caracas

Dicho se está y repetido, la decidida inclinación y simpatía de *Lilís* por la causa de Cuba libre; cuidándose, con singular disimulo y tacto, de mantenerlas ocultas.

Contribuyó, no obstante, al auje de aquella santa causa, con dinero, armas y municiones, y dirijiendo secretamente el alijo de expediciones.

Ocupábase, a la sazón, en la combinación y preparativos de la expedición del heroico Gral. José Mª Rodríguez (Mayía), expedición que debía salir por las costas del Este, a tiempo

que se le presenta el Sr. Cónsul español con la querella siguiente:

—Tengo informes fidedignos de que el Gral. José Mª Rodríguez se encuentra oculto aquí y que activa los trabajos de una expedición que saldrá en breve por las costas del Este.

—No tenía ninguna noticia—respondióle *Lilís;* pero ya puede dar por seguro el Sr. Cónsul, que ésa expedición no saldrá; confíe en mí; déjelo a mi cuidado. Yo no quiero que mi prima (aludiendo a la Reina Rejente) tenga la menor queja de mí.

Llamó sus ajentes secretos *Lilís* y dándoles nuevas instrucciones, díjoles:

—El Cónsul español está enterado de todo y hay que tomar nuevas providencias. La expedición deberá salir ahora de las costas de Barahona. Digan al Gral. *Mayía* que se traslade al Sur; lleven allí el material de guerra, y quedándose solamente con la jente de confianza, licencien la dudosa.

A los cinco o seis días mandó llamar al Gral. David Lalondriz, Jefe Comunal de Pajarito, y ordenóle:

—Vaya a la Fortaleza y que le entreguen ochenta carabinas y veinticinco

cajas de munición; hace que les pongan estas marcas: J. M. R. (José Mª Rodríguez) C. L. (Cuba libre), y custodiadas por ocho o diez hombres, que Ud. aleccionará, me las sitúa en la ensenada de Los Frailes.

Dieciocho horas fueron suficientes para que el Gral. Lalondriz diera cabal cumplimiento a tales órdenes.

Dispuestas así las cosas, invitó *Lilís* al Cónsul español a una excursión. Proporcionóle caballo y salieron, acompañados del mismo Gral. Lalondriz y una escolta de veinte oficiales, hacia Los Frailes.

Por sorpresa cayeron sobre la guardia aquella y los elementos de guerra allí acumulados.

—Qué hacen Uds. aquí, por orden de quién están y para qué son esas carabinas y ésas cápsulas?, preguntóle *Lilís* a los prisioneros.

—Nosotros, General, ... aquí ..... que .....

—Sí, ya sé. Hágase cargo de ésos pertrechos, Gral. Lalondriz, y llévemelos para la Fortaleza; amárreme ésos hombres, condúzcalos a la cárcel y que le pongan un par de grillos a cada uno,

por violadores de la neutralidad de la República.

Mientras esto sucedía en Los Frailes, de las costas de Barahona zarpaba una goleta cargada de almas y armas, las cuales, comandadas por el Gral. *Mayía* Rodríguez, habrían de trasbordarse en alta mar al vapor «Competitor» y unirse a la expedición del Gral. Rolof, que en él venía.

Los ensangrentados y ya gloriosos campos de Cuba, recibieron como una bendición del cielo ése valioso contingente, que bien pronto entraría en acción, para magnificencia y brillo de la Estrella Solitaria.

El Sr. Cónsul reportó a las autoridades de Cuba y de la Península, en términos muy encomiásticos, la recta conducta y enérjico proceder de *Lilís*.

Días después fué obsequiado éste por el Generalísimo Martínez Campos, Comandante en Jefe de las fuerzas españolas que operaban en Cuba, con un famoso caballo rucio moro, de estirpe arábiga.

Y por la Reina Rejente de España, con la Gran Cruz de Isabel la Católica.

XX

En Túbano, jurisdicción de Azua, fué hecho prisionero, allá por el año 1885, un joven de veintidos años no más.

Arrogante como Hatuey; fuerte y bello como Rosas; denodado cómo Aníbal; noble y fino como Sucre.

De alma diáfana como el cielo y de ojos diáfanos como el mar: Manuel Cruz Bobadilla se llamaba.

De la prisión pasó al destierro, y en el destierro se estuvo hasta que *Lilís* lo amnistió con ánimo de atraérselo.

Reintegrado a la patria, hízolo comparecer a su presencia y le propuso un buen destino en el Gobierno.

El, íntegro y pulcro, declinó la oferta, arguyendo que su deseo era encontrar colocación en una casa de comercio, por ver de separarse para siempre de la política.

Consiguióle *Lilís* una colocación en la casa bancaria de Don Juan Bautista Vicini, cuyo sueldo pagaba el propio *Lilís*, sin saberlo el pundonoroso Cruz Bobadilla.

Se sucedieron los días y los meses. Al cabo de unos cuantos de ellos, concibió *Lilís* y puso en acción un plan diabólico, en miras de hallarle conexiones a una labor sediciosa que se había iniciado en el Cibao.

Envió cerca de Cruz Bobadilla un hombre de entrañas negras: uno de esos hombres que sirven a maravillas cualquier iniquidad,—por infanda y difícil que sea—a conquistarle para un movimiento revolucionario que comenzaría con la muerte del Presidente.

Resistió con serenidad y carácter la sujestión Cruz Bobadilla, y se negó rotundamente.

Otra y otra y otra vez tentó el malvado, con sutilezas de serpiente, el propicio corazón del intrépido, hasta

que al fin lo hizo caer en las redes de la villanía.

Comprometido ya en el falso plan, le dió toda su decisión y todo su entusiasmo, y buscó prosélitos y allegó recursos; atreviéndose, en su delirio, a abordarle al propio Don Juan Bautista Vicini, quien, rechazando la audaz insinuación, se esforzó buenamente en disuadirlo de tan descabellados propósitos.

Había empeñado su palabra y su reputación el puntilloso, y no habría poder humano que lo hiciera desistir.

Madura la trama y ultimados los detalles, echó *Lillis* sus esbirros sobre los comprometidos, y fueron reducidos a prisión, Manuel Cruz Bobadilla, *Sansón* Vicioso, Bernardo Rojas, Dionisio Frias y otros.

El día 10 de Julio del año 1894, un Consejo sumarísimo, al que dió su aquiescencia una autoridad judicial, condenó a la última pena al valiente.

Y a las cinco de la tarde de ése mismo día, de infausta recordación, a la hora en que las sombras comienzan a bajar y los dolores comienzan a crecer, fué atado a una carreta en el patio de

la Fortaleza, y fusilado, en presencia de sus compañeros de prisión, el altivo y jovial Cruz Bobadilla.

Ordenó allí mismo *Lilís* fueran puestos en libertad los presos.

—Con excepción de ése, señalando a *Sansón* Vicioso; a ése me le ponen un par de grillos; él tiene algunas cuentas pendientes conmigo, cuentas que no liquidamos ahora, por consideraciones a su padre; pero que algún día liquidaremos.

—¡Cuando Ud. guste, General!—contestóle *Sansón* en alta voz.....

.....

El de las estrellas fué el único beso que recibió la pálida frente del pundonoroso, del leal Cruz Bobadilla.

El de alma diáfana como el cielo y ojos diáfanos como el mar....

XXI

Para Vicente Linares E.

Humberto Guillermo—hijo del ex-presidente Gral. Cesáreo Guillermo—muerto como su padre, en campaña;

Jacinto R. de Castro, ex-vicepresidente del Senado y candidato muy probable que fué a la Presidencia de la República;

Y el autor de este libro. recién salidos del Colejio San Luis Gonzaga—que dirijió y sostuvo premiosamente. hasta expirar, el insustituido Padre Billini—fundaron *El Deber*, un periodiquito de entusiasmos juveniles.

Veintiún años no contaba el mayor de los tres, y ni ilustración ni experiencia

ni nada imprimía importancia ni daba relieve a *El Deber;* pero *El Deber* vivía, vida insustancial y anodina...

Héte aquí, sinembargo, que un día apareció en las columnas del quincenario en cuestión, una atrevidísima composición poética, de la cual he podido reconstruir, con ayuda de vecino, la estrofa siguiente:

Al Presidente Carnot
Lo asesinó un italiano,
¿Cuándo un buen dominicano
Acabará con *Heró?*

Buenos o malos los versos, de Humberto Guillermo eran, y su verdadero mérito consistió en la publicación.

El Deber fué muy comentado y muy aplaudido y muy traído y muy llevado, y nosotros también fuimos llevados, en volauda, a presencia del Presidente.

Se nos alineó a dos metros del escritorio en donde él escríbía en tal momento.

Suspendió la escritura *Lilís;* dió media vuelta a la silla jiratoria; se llevó los espejuelos a la frente, y envolviéndonos en una mirada penetrante y rápida, exclamó:

—¡Válgame Dios, si son tres criaturitas!....

Y se volvió a sus papeles.

Aquella mirada no fué una mirada humana. Aquellos ojos eran dos carbones encendidos; ojos de pantera en celo; electrizadores, centelleantes....

Escudriñó un poco en el escritorio; se volvió a nosotros con un ejemplar de *El Deber* en las manos, y otra vez clavó en nosotros su vista inquisidora.

A Humberto, el hijo de su acérrimo enemigo—muerto ya—lo miró con respeto; a Jacintico, "el nieto de *mi compai* Don Félix del Monte", lo miró con cariño, y a mí, a mí no sé si me miró o no me miró: las siniestras fosforescencias de aquellos ojos me tenían petrificado....

—Cuál de ustedes fué el autor de estos versitos, interrogó *Lilís*.

Un silencio profundo llenó el ambiente: ninguno respondió.

Abrió el periódico y leyó, o finjió leer:

Al *célebre* Carnot
Lo mató un italiano,
¿Cuando un dominicano
Matará a Heró?

—Así no son los versos, General, están cojos—observole Humberto.

—Yo no sé de métrica ni de poesía, ni de *ná*—contestóle *Lilís*, dando un manotazo en el escritorio—yo lo único que sé es que Uds. me tienen medio *valse perdío*, y les voy a contar un cuento:

"Una vez me estaba molestando una cosita dentro de la media, metí en ella los dedos y me puse a buscar.... buscar.... buscar.... hasta que dí con la cosita; la saqué, destripela entre los dedos y poniéndola en el suelo la pulvericé con el pié: *purguita de porra, para que no me jeringues más*..... Pueden retirarse, mis hijitos".

Y abandonamos aquel recinto, atacados de anquilosis aguda....

XXII

Acicalábase *Lilís* cierta mañana, en una habitación que da a la calle de Las Mercedes, en la que fué su residencia particular, cuando oyó un disparo y sintió en la cara los salpiques de piedrecitas que había causado el proyectil al clavarse en la pared, a dos dedos de su cabeza.

—¡Buen cazador!—dijo, asomándose al balcón, sin percibir nada que pudiera indicarle de quién y de qué lugar había partido el disparo.

Quedóse pensativo *Lilís*, no al extremo de interrumpir ni acelerar su esmerada ocupación.

Así que terminó se fué a Palacio,

desde donde dispuso que le fueran a buscar un *neibero* que trabajaba en El Tejar, estancia situada en la parte norte de la ciudad, a kilómetro y medio de distancia.

Traído el *neibero*, preguntóle *Lilís*:

—Fué Ud. quien me tiró o mandó que me tiraran esta mañana?

—Ni yo he tirado a Ud. ni he mandado a nadie que le tire—respondióle con entereza y gravedad el *neibero*.

—Puede retirarse.

Púsose a escribir *Lilís*, y a poco ordenó que le fueran a buscar a Don Germán Catiles.

Y compareció Don Germán.

—¿Fué Ud. quien preparó y pagó el hombre que me tiró esta mañana con intención de matarme?

—¡Yo!—contestó sorprendido Don Germán—yo soy una persona distinguida; mi familia también lo es; yo soy incapaz de semejante cosa; en toda la cristiandad no hay un hombre de mejor corazón que yo—terminó don Germán lleno de estupefacción.

—Retírese entonces, díjole *Lilís*.

Esto ocurrió en la primera Administración del Presidente Heureaux, de

la cual se afirma haber sido una de las mejores y más libérrimas que tuvo la República.

A Don Germán no le llegaba la camisa al cuerpo, temeroso de que *Lilís* le causara algún daño o le entorpeciera las labores con que ganaba el sustento de los suyos, y andaba siempre a caza de sinceración.

Al cabo de diez años obtuvo, por intervención de Don Felix del Monte, que *Lilís* le concediera una audiencia.

Alcanzole a ver *Lilís* cuando subía las escaleras del Palacio y deteniéndole en mitad de ella, le gritó:

—No suba, Don Germán, aguárdeme ahí.

Refunfuñó algunas frases de inconformidad Don Germán y se puso a dar paseitos en espera.

Tardó en bajar *Lilís*. Al fin lo hizo, y sin poner gran atención a Don Germán y contestándole sobre la marcha le decía:

—Sí, a Don Félix que después le mandaré la gorra.

Irritadísimo Don Germán, no pudo reprimir la indignación y dando un zapatazo en el suelo, exclamó:

—¡Ese maldito hombre no me ha perdonado todavía que por indicaciones de Cesáreo le mandara matar con el *neibero!*.....

¡Ay de Don Germán y del *neibero* si eso hubiera sucedido cinco o seis años después!....

XXIII

Para Victor M. Maurtua. Lima.

Un murmullo, inarmónico y sordo, como de mar que quiere encresparse, penetraba por puertas y ventanas, aumentando en proporciones, y llegaba al Despacho de *Lilís* en el Palacio Nacional.

—Qué es éso?—preguntó.

—Los panaderos, zapateros y albañiles que se han declarado en huelga—contestole uno de sus Secretarios—y se están reuniendo ahí, en el Parque Colón, para protestar.

—¿Protestar?, y de quién, y de qué?

—De los dueños de panaderías y de sus principales.

—¡Labor de mis enemigos, que quieren descomponerme el *cotarro!* murmuró. Vaya uno donde Don José Gabriel García y me le dice que tenga la bondad de venir acá.

No se hizo esperar Don José Gabriel y en el término de la distancia se puso en presencia del Presidente.

—Perdone que le haya distraído de sus meritísimas ocupaciones, Don José Gabriel; pero tengo dudas al respecto de estas cosas y deseo que Ud. me explique lo que es una huelga.

—Una huelga es, General, la lícita expresión de inconformidad del obrero, cuando advierte o se persuade de que está siendo víctima de expoliaciones; que se le trata mal; que no se le paga lo que gana, o que no gana lo suficiente para llenar sus mas perentorias necesidades. Las huelgas son ordinariamente justas. El obrero es la mula que da vueltas todo el día y todo el mes a la noria, y a fin de año, lo comido por lo servido.

—¿Y qué tiene que ver mi Gobierno con éso?

—Su Gobierno y todos los Gobiernos, entiendo yo, tienen que ver, o deben

tener que ver, con éso y con todo lo que sea bienestar del pueblo y equidad y razón y justicia.

No sentaron bien a *Lilís* tales palabras y reafirmó el prejuicio de que Don José Gabriel García era su enemigo. Con exquisito disimulo, empero, finjió haber quedado satisfecho.

—No sabe Ud. cuanto le agradezco esas saludables enseñanzas, Don José Gabriel, y crea que las aprovecharé y pondré en práctica en tanto cuanto me fuere hacedero y posible.

La colmena humaña se nutría cada vez más y el abejoneo aumentaba; a tal grado, que *Lilís* se vió en el caso de requerir la asistencia del Gobernador.

Asomáronse ambos, el Gobernador y *Lilís* al balcón del Palacio, y se produjo entonces una especie de silencio en la multitud. Y fué cuando éste, dirijiéndose a aquél díjole, en tono que pudiera ser oído:

—General *Loló*, tómeme nota de los solteros.

¡Que tome nota de los solteros!, repitió la muchedumbre.

— Para meternos a soldados, dijo uno.

—Para pegarnos el *chopo*, dijo otro.

—Conmigo no se juntan, agregó, deslizándose, un tercero.

—Ni conmigo.

—Ni conmigo.

Y a medida que una y otra frase pasaba de una a otra oreja, el murmullo iba apagándose.... apagándose, y el oleaje disolviéndose.. disolviéndose...

En forma tal, que cuando vino a bajar del Palacio el Gral. *Loló*, no quedaban en el Parque más que los Maestros de pala.

¡Conjurada la huelga!

XXIV

Acaso por la índole dispendiosa del réjimen; quizás por desconocimiento de la materia; talvez por las teorías económicas ambientes, o por inescrupulosidad, o por prodigalidad.

Por esto o por aquello o por lo de más allá, *Lilís* fué un pésimo administrador.

Sus mismos amigos, que a través de los años los tiene—porque fué consecuente con ellos—están contestes en ése punto.

La hacienda pública andaba al garete y el naufrajio tenía que sobrevenir.

Se contraían deudas onerosas; se ultimaban obligaciones que no se cum-

plían, y se acumulaban y vencían con profusión los plazos.

A tanto montó el desbarajuste, que *Lilís* se vió forzado, cierta vez, a afectar todas sus propiedades particulares.

Y a llegar al contrato Westendorp, por el cual se creó una Corporación que se denominaba *La Rejie*, para recaudar de las Aduanas las sumas afectas al servicio de intereses y amortización de la nueva deuda.

Como Director o Jefe de *La Rejie* vino un Sr. holandés de configuración y complexión de atleta, Mr. den Tex Bond.

Bien pronto surjieron rozamientos y diferencias entre *Lilís* y Mr. den Tex: por merecer, el uno; por no ceder, el otro.

Aumentaban y crecían las dificultades; hasta que un día, frente a frente los dos, poniendo *Lilís* ambas manos sobre los hombros de Mr. den Tex y resbalándolas suavemente a todo el largo de aquella corpulenta figura, díjole:

—¿Cuánto pedirían en su tierra, Mr. den Tex, por un muerto de sus condiciones?

La pregunta no cuadró a Mr. den Tex, y pidió su relevo.

XXV

Negreaba de contino a *Lilís*, un Señor algo despercudido él; no tanto que le fuera permitido, en buena lid, gastarse el lujo de negrear a nadie. Don Procopio le llamaremos.

Sabíalo el Presidente y sabía también que no era de sangre sajona el sujeto; pero *Lilís* no se preocupaba ni se molestaba por pequeñeces.

Fueron tantas las denuncias, que al fin se decidió a hacer venir a la Capital a Don Procopio.

Para ello tenía éste que abandonar las mil atenciones de sus negocios y disponerse a un viaje que no le bajaría de medio mes.

Como que en viaje redondo, de torno y retorno, le daría vuelta a la isla y le sobraría tierra.

Comunicóle el Gobernador la orden de "pasar a la Capital que el Presidente lo llamaba," y a regañadientes tuvo que tomar el primer vapor.

A las nueve de la mañana del siguiente dia de su llegada, se personó a Palacio Don Procopio.

El Oficial de guardia lo anunció.

—¿Qué clase de individuo es?—preguntó *Lilís* al Oficial.

—Es un señor trigueño, alto, grueso, buenmozo y bien portado.

—Ya sé quien es—dígale que se siente y que espere.

A la hora salió de su Despacho el Presidente, atravesó el departamento en donde hacía antesala Don Procopio; miróle, y sin decirle palabra siguió su marcha.

En el regreso volvió a mirarle y tampoco le dijo nada.

Y por tres o cuatro veces repitió la misma operación.

A la una de la tarde, hora en que solía irse a su casa particular *Lilís*, fué que, al salir, le dirijió la palabra.

—¿Y Ud. quién es?

—Yo soy Don Procopio, a quien Ud. ha hecho venir desde la ciudad del Morro.

—¿Es Ud. Don Procopio? Pues dispénseme; yo creía que Ud. era blanco, de cabello rubio y ojos azules; dispénseme, hombre, dispénseme....

Y se reintegró a sus negocios Don Procopio sin mayores contratiempos.

XXVI

El doloroso relato que va a llenar estas pájinas tiene lugar en los meses de marzo *y* abril del año 1898. Algunos remontan su orijen al año 1881, a causa de una correspondencia sorprendida antes de la pelea de *La Lechuza*. Otros, a conceptos emitidos sobre el asesinato del Gral. Isidro Pereira.

Ni lo primero ni lo segundo hace al caso. Es indiscutible sí, que el Gral. Ramón Castillo, por su jovialidad, por su jenerosidad y por su valor a toda prueba, era un gran prestijio en el Este, acaso el más sólido prestijio político que haya tenido ésa rejión.

Su nombre figuró como candidato a la Vice-presidencia de la República y era a la sazón Ministro de Guerra y Marina.

Una noche del mes de marzo del supradicho año de 1896, entre nueve y diez, sonó un disparo en dirección de *los rieles*, en San Pedro de Macorís.

Inmediatamente corrió por toda la población la noticia de que se había tratado de asesinar al Gral. Ramón Castillo. Y en efecto, el tiro había sido dirijido a él; pero falló la puntería y el proyectil fué a partirle el corazón a un niño que se hallaba cerca.

Justamente alarmado Macorís, púsose en movimiento, y como el rumor público señalaba, con razón o si ella, autor del frustrado asesinato al Gral. José Estay, Gobernador del Distrito, éste, como medida de previsión, se acuarteló en la Comandancia de Armas.

El Gral. Castillo organizó también su línea de defensa.

La población quedó dividida, pues, en dos campamentos, y fueron quince o veinte días de angustias y sobresaltos los que padeció aquella sociedad.

Llama *Lilís* al Gral. Estay, y llama

luego al Gral. Castillo. Estay obedece al llamamiento y Castillo pone excusas. Vuelve a llamar *Lilís* a Castillo y Castillo vuelve a excusarse. *Lilís* insiste y Castillo resiste. Al fin, después de mil llamadas y otras tantas excusas, logra *Lilís*, gracias a la sana intervención de un leal amigo de Castillo, la venida de éste a la Capital.

Concertan *Lilís* y Estay una estratatajema. Se deja reducir a prisión el Gral. Estay, y *Lilís* manda decir al Gral. Castillo que *ya su hombre estaba preso.*

Visita el Gral. Castillo al Presidente, y en esta visita, que fué cordialísima, díjole *Lilís:*

—Bueno, compadre, ya su asunto está casi terminado, y como Ud. se irá pronto, yo quiero que me diga a quién desea que le nombre Gobernador de Macorís y que me dé una nota de los empleados que fuere necesario remover y los nombres de los que vaya a designar.

El Gral. Castillo le dió el nombre de su candidato a la Gobernación y prometióle para más tarde la lista de los demás empleos.

—Y ya sabe Ud., compadre, volvióle a decir *Lillís*, no deje de ir esta tarde a la Fortaleza a sostenerle sus acusaciones al Gral. Estay, en presencia del Procurador General.

Todo estaba preparado. A las 3 de la tarde las cornetas de la guardia de prevención anuncian la presencia del Ministro de Guerra. Se forma el Batallón, presenta las armas, y a son de música rinde los honores concernientes al alto rango de un Ministro de Guerra.

En un departamento de la Fortaleza, en la Comandancia, aguardaban el Gral. Estay y el Procurador General, y allí se encaminaron el Gral. Castillo y el Gobernador de la Capital.

Cara a cara se encontraron aquellos dos formidables enemigos y dió principio el *careo*.

A consecuencia de una frase que no sentó bien al Gral. Castillo, púsose de pie, y dando un manotón sobre la mesa que tenía delante, dijo:

—Sépase que yo soy el Ministro de la Guerra y que he venido aquí a interpelar y no a ser interpelado.

—Ha concluído esto, intervino el Go-

bernador de la Capital, que era, obedeciendo órdenes, quien dirijía aquellas maniobras, y mandó que restituyeran a su prisión al Gral. Estay.

Ausente ya el Gral. Estay, se vuelve el Gobernador al Gral. Castillo y con voz imperativa le dice:

—Ríndase preso, General.

Saltan dos o tres ajentes de *Lilís*, preparados de antemano, y desarmándolo lo llevan a la cárcel, donde es engrillado lo mismo que el Gral. Estay.

—¡En la que he caído!, murmuró el Gral. Castillo.

Dos días después sale *Lilís* para San P. de Macorís, a enfrentársele a lo que pudiera sobrevenir. A las catorce horas de llegado manda sus instrucciones a la Capital, y en la noche un crucero de guerra, escoltado por otros dos, conduce a los Grales. Castillo y Estay.

Entre las tres y las cuatro de la madrugada son desembarcados en hombros—pues seguían engrillados—en La Punta, a un kilómetro de Macorís.

Allí estaba *Lilís*. Manda llamar al Jefe de la expedición, que lo era el mismo Gobernador de la Capital, y le da nuevas instrucciones.

Fórmase el cuadro, a veinticinco pasos de donde se encontraba *Lillís*. Suena una descarga seca y cae muerto el Gral. Castillo.

—Así se hace, dijo el Gral. Estay—creído todavía que su suerte sería distinta.

Otra descarga, tan seca como la primera, y el corpulento cuerpo del Gral. Estay bambolea sobre sus grillos y rueda ensangrentado por el suelo.

Aproxímase, imponente, *Lillís* a los dos cadáveres y, dirijiéndose al cielo, sombrero en mano, exclamó en voz alta:

—¡Ea, Dios mío, que sea este el último trance en que me vea con mis amigos!.....

E inclinándose sobre el del Gral Castillo y arreglándole la solapa del *chaquet*, que se le había descompuesto al caer, articuló estas palabras:

—¡Pobre mi compadre, él se la buscó, él se la halló!

Volvióse a la población a esperar el día en ella, y dispuso él mismo el envío a La Punta de los instrumentos necesarios para cavar las sepulturas.

A las diez de la mañana reunió en los salones de la Gobernación a lo más

connotado del comercio y la política y con firme acento refirió el trájico suceso que acababa de realizar, *impuesto por dolorosas circunstancias.*

Y entresacando de los presentes al caballeroso y culto Don Pedro A. Pérez, presentólo a la concurrencia con estas o parecidas palabras:

—He aquí la nueva autoridad del Distrito. De hoy en adelante será gobernada *por un hombre de varita* esta sociedad.

Horas después circulaba por toda la República el parte telegráfico siguiente:

« Ministro Interior.—Capital.

« Como ejemplo de moralidad políti-
« ca y para escarmiento de asesinos y
« traidores, han sido pasados por las
« armas los Generales Ramón Castillo,
« Ministro de Guerra, y José Estay,
« Gobernador de Macorís. Comuní-
« quelo dependencia.

Presidente HEUREAUX.»

INDICE

connotado del comercio y la política y con firme acento refirió el trájico suceso que acababa de realizar, *impuesto por dolorosas circunstancias.*

Y entresacando de los presentes al caballeroso y culto Don Pedro A. Pérez, presentólo a la concurrencia con estas o parecidas palabras:

—He aquí la nueva autoridad del Distrito. De hoy en adelante será gobernada *por un hombre de varita* esta sociedad.

Horas después circulaba por toda la República el parte telegráfico siguiente:

« Ministro Interior.—Capital.

« Como ejemplo de moralidad políti-
« ca y para escarmiento de asesinos y
« traidores, han sido pasados por las
« armas los Generales Ramón Castillo,
« Ministro de Guerra, y José Estay,
« Gobernador de Macorís. Comuní-
« quelo dependencia.

Presidente HEUREAUX.»

INDICE

INDICE

Titulo	Página
PROLOGO	7
NOTAS BIOGRAFICAS DEL GRAL. ULISES HEREAUX (Lilis)	11
EL CABALLO DE LA MADRINA	23
EL HIJO DE SEÑO DOROTEO CARITE	29
LOS CONDENADOS A MUERTE Y DOÑA ELOISA	34
EL GRAL. MICHES, LA DOÑA Y LAS ORACIONES DE LILIS	38
LILIS ORDENA FUSILAR DESERTORES	41
HACER GRITAR LA GALLINA AL DESPLUMARLA	45

ACONSEJAMELO, ACONSEJAMELO 46

DÑA. BALBINA Y LOS ENEMIGOS DE LILIS 49

CURAO DE ESE LISIO 52

ESE NUBLAO NO AE AHORA 54

DESPACHOS DE VIENTRE 58

CUBA ES MI NOVIA, PERO ESPAÑA ES MI ESPOSA 60

LLEVAR LLAGUAS VIEJAS A PALMAR 62

VELORIO AL ANGELITO 65

LA MUERTE DEL GRAL. MAMA 68

EL JUEGO DE SAN ANDRES 71

NOTARIO O CURA PARROCO 77

LILIS Y EL CONSUL ESPAÑOL 81

EL FUSILAMIENTO DE CRUZ BOBADILLA 85

PURGUITA DE PORRA, PARA QUE NO ME JERINGUES MAS 89

¡BUEN CAZADOR ! 93

LA HUELGA DE LOS PANADEROS, ZAPATEROS Y ALBAÑILES 97

¿CUANTO PEDIRIAN EN SU TIERRA POR UN MUERTO DE SUS CONDICIONES ? 101

LO QUE LE SUCEDIO A DON PROCOPIO POR NEGREAR A LILIS 103

COSAS DE LILIS

PUBLICACIONES
AMERICA
Santo Domingo, R.D.